

LAS BODAS DE DOÑA CARNAL Y DON CUARESMA
EN CINCO HORAS CON MARIO

CARLOS JERÉZ FARRÁN
University of Notre Dame, Indiana

La crítica literaria ha dado un viraje bien evidente desde que Alfonso Rey alzó la voz en defensa de Carmen en su conocido estudio sobre la novela de Delibes. Decía aquél que «es sorprendente que no se busque en *Cinco horas con Mario* otra interpretación igualmente lícita y de signo bien diferente: la de la opresión de la mujer por una sociedad hecha a la medida del varón» (203). La tendencia crítica a que alude Rey viene representada por los comentaristas que han interpretado el monodílogo de Carmen como una crítica al sistema político, económico, social, religioso y sexual del que es producto. Consecuentemente, dichos comentaristas han visto a Menchu a lo largo de los años como «un alma vulgar... insatisfecha en sus prosaicas y retrógradas aspiraciones» (Guerrero 616) que además de ser «necia y simplista», símbolo de una España cerrada (Sobejano 185), es una «aspirante a burgués que tiene aspiraciones ultrareligiosas y fascistas» (Gil Casado 209). Para López Martínez Carmen es un reflejo del «antiguo catolicismo español, tradicional y conservador» (166), opinión esta última con la que empalma Hickey, para quien Carmen es además de tradicionalista «amarga, egoísta [y] ambiciosa» (81). Verhoeven, por otra parte, a la vez que se pregunta si Carmen es enteramente culpable del fracaso de su matrimonio, no deja de verla como egocéntrica, coqueta materialista e insensible «a los sentimientos y los sufrimientos de los que no son de su bando» (61).

Este lugar común entre los comentaristas que se ocupan de estudiar a Carmen ha dado motivo a una serie de interpretaciones más recientes que tienen como intención defenderla de las acusaciones que se han ido acumulando en torno a ella. Dicha corriente crítica es la que viene representada por los estudios de Janet Díaz, quien de manera marginal ya se había adelantado al resto, Silvia Burunat, Montes Huidobro y Arnold Verhoeven quienes, sin perder de vista los de-

fectos que caracterizan a este personaje tan trágico como despreciable, en mayor o menor grado lo analizan desde una perspectiva que toma en consideración sus relaciones matrimoniales y las condiciones sociales y económicas en que se ha criado. El resultado es que nos hace preguntarnos si Carmen, dadas las circunstancias, podía ser de otra manera. Para Janet Díaz, por ejemplo, «Carmen is not entirely to blame for her obtuseness and frivolity. Her memories make it clear that she is a product of her upbringing» (144). Burunat opina que el arte de Delibes estriba en habernos dado «un estudio sobre el feminismo por medio de un personaje antifeminista» (83). Montes Huidobro, quien es el que hasta el momento ha estudiado más a fondo la problemática personal de Carmen, pasa a mostrar que «vive una angustiada obsesión sexual, producto de [una] insatisfacción» (72) que se debe en parte a la falta de responsabilidades de un marido que «no hace nada para compensar las limitaciones sexuales del comienzo» (74). Este aspecto lo retoma Verhoeven para quien Carmen no es la responsable del fracaso matrimonial, sino Mario (61).

Si, como se puede comprobar, Carmen ha sido motivo de interpretaciones bien contrarias, las cualidades de Mario no lo han sido de otras menos opuestas, siendo los críticos que subrayan los defectos de la esposa los mismos que ven al esposo como un paradigma de virtudes, una persona íntegra y de nobles aspiraciones. Obdulia Guerrero, por ejemplo, se refiere a Mario como «este honesto y valiente profesor» (615). Para Sobejano Mario es un «hombre inteligente y complejo», símbolo de la España abierta (185). López Martínez opina que es el símbolo y la puesta en práctica de «las nuevas tendencias de la Iglesia» (187), cosa con la que parece estar de acuerdo Hickey al subrayar que Mario es un hombre «avanzado, postconciliar, honrado, católico y preocupado por la mejora religiosa, social, política y cultural de su país» (343). Verhoeven, por el contrario, ve a un Mario que «presume de justo..., *in sexualibus* es un amante poco inspirado [y además] es rígido, puritano, y mezquino» (62), opinión que Montes Huidobro comparte cuando se pregunta si «¿Acaso no tiene la inteligencia obligaciones específicas para poder comprender la estupidez?» (74).

Está claro que, salvo en algunas excepciones, hay una tendencia general a ver a Mario como un dechado de virtudes y a Carmen como un compendio de todo lo más negativo del sexo y la clase social que representa. Lo importante de estos juicios tan contrarios es que el significado de la novela puede variar considerablemente según la interpretación que le demos a estos dos personajes. Si como lectores nos situamos en el lugar de Carmen, como ha hecho más de un comentarista y está sucediendo más a menudo entre los lectores actuales, la perspectiva que se tiene de la sociedad que critica Delibes, ya lo ha dicho Rey, es la de un mundo hecho a la medida del hombre. Carmen se convierte así en una víctima de los condicionantes sociales que tan bien ha interiorizado sin saber que son la causa de su sufrimiento, y Mario en un intelectual que «aspira a transformar las fuerzas retrógradas de la sociedad en que

vive» sin preocuparse primero por «transformar la mentalidad cavernícola... de su mujer» (Montes Huidobro 78). Si optamos por tomar partido por Mario, la novela adquiere un significado muy distinto al anterior, ya que el idealismo ideológico del marido pasa a ocupar el primer plano de la novela y Mario aparece como víctima de una esposa que no lo comprende y de unas retrógradas condiciones sociales que en vano trata de remediar. El problema con la primera tendencia está en la facilidad con que se puede caer en la celada que Delibes nos ha tendido si no nos percatamos de la ironía que subraya gran parte de lo que dice Menchu. El problema con la segunda alternativa, por otro lado, es el de no abarcar la problemática de la novela en su totalidad, ya que el planteamiento social que presupone el estudio de Mario, según ha sido abordado por la crítica, excluye el problema de la mujer española que representa Carmen y que es uno de los temas principales de la novela. Sucede, pues, que los encomios que se han hecho de Mario, a la vez que eclipsan algunos de los defectos que lo caracterizan, como se ha dicho en otro contexto, «privan a Carmen de toda posibilidad de redención... que es precisamente lo que el personaje está desesperadamente buscando» (Montes Huidobro, 69). No cabe duda al leer la novela de Delibes que, como ha afirmado Janet Díaz, «It would be feasible... to decide with reasonable certainty that his purpose was to denounce the social effects and implications of the bourgeois mentality». No obstante, añade la autora, «this also limits the novel. It has other meanings that the novelist may not have foreseen» (148).

Uno de estos significados que falta explorar más a fondo es el que se deduce del conflicto íntimo entre los dos cónyuges. Dicho conflicto lo veo yo como emanante de los principios religiosos que Mario demuestra poseer, sobre todo los tocantes a la sexualidad, los cuales, al estar tan opuestos a los deseos de la esposa, se convierte en una de las razones principales de la discordia conyugal en que se basa toda la novela. Tomando como punto de partida los versículos bíblicos que Mario ha subrayado, sobre todo los relacionados a asuntos de ética sexual y matrimonial, en lo que sigue se pretenderá mostrar que gran parte de las desavenencias y de las frustraciones que Carmen trata de aliviar devienen de un caso de patología sexual que se ha desarrollado en Mario a raíz del hondo sentido ético que, guiado por una religión de denuncia, infunde a su vida. Es la práctica que deviene de una interpretación exacerbadamente puritana de los versículos que él ha subrayado en la Biblia y que pasan a formar parte intrínseca tanto de su vida social y política como de la matrimonial. Son las mismas citas que, irónicamente, el autor ha usado para caracterizar a su personaje.

Para llegar a esta conclusión el resto del estudio se limitará a analizar la evidencia textual que nos facilitan dichos pasajes bíblicos y lo que sabemos del comportamiento de Mario para así llegar a formar una imagen más completa del marido que nos incumbe recrear. Los versículos que se han escogido para este

propósito son los que encabezan los capítulos III, XIII, XVI y XX.¹ Dichos encabezamientos, al mismo tiempo que sirven como punto de partida de las prepósteras divagaciones de Carmen, nos revelan algo bien significativo del concepto que tiene Mario de la sexualidad, que es el mismo que ha venido propagando la moral cristiana, sobre todo la vertiente más tradicional de la Iglesia.

La primera de estas citas bíblicas es la procedente del *Cantar de los Cantares* (4: 9). Dice así: «Prendiste mi corazón hermana, esposa, prendiste mi corazón en una de tus miradas, en una de las perlas de tu collar» (56). Aunque el llamar a la esposa hermana era una característica de la poesía amorosa del antiguo Egipto, el hecho de que Mario haya subrayado estos versículos es importante porque sus relaciones matrimoniales reflejan en gran medida lo que esta cita representa y que, según sus exégetas «seems to be a celebration of the fidelity and love between man and woman» (Murphy 507). Se trata de un amor humano que es «an echo of the divine love to which it is inherently directly» (Murphy 507). Aunque sea incompleta la imagen que de Mario nos ha quedado, gracias a la información que de éste nos llega, es fácil imaginárnoslo como un esposo humilde, transigente y piadoso, capaz de amar a su mujer a pesar de las flaquezas que la caracterizan, o posiblemente debido a ellas, como buen cristiano que aspira a ser. Es cierto que el amor que siente por su esposa no es de tipo sexual, como se verá más tarde, pero, no obstante sí siente por ella, como madre de sus hijos que es, un amor personal, religioso, que está en consonancia con sus creencias religiosas y el culto mariano a la virginidad que ha visto como característica de la cultura hispana, donde la esposa adquiere un papel casi sacramental. Es la actitud casi religiosa del esposo que Alberich ha definido de manera muy convincente cuando afirma que «La santidad intrínseca de la esposa da al hogar y a la familia un carácter fuertemente religioso: los brazos de la familia devienen sagrados, el hogar donde se crían y forman los hijos, se convierte en un reducto contra los peligros corruptores del mundo» (10). Es este concepto que de la esposa tiene Mario lo que explica que en más de una ocasión escribiera versos dedicándoselos a ella, como se lo admite Elviro a su cuñada cuando ésta le dice al difunto marido «y luego resulta que hacías versos y Elviro me dijo que una vez dedicaste uno a mis ojos» (56).

Visto así, es difícil estar de acuerdo con la interpretación que se ha hecho de este matrimonio como plagado de desavenencias.² Mientras que éste sí es el ca-

1. Los versículos bíblicos de *Cinco horas* han recibido cierta atención por parte de M. C. Smith. No obstante el enfoque del estudio de Smith es muy distinto al de este trabajo, siendo la intención de su artículo mostrar que la novela se desarrolla en dos zonas concéntricas: la zona exterior del mundo empírico que Carmen comparte con los demás y la zona interior, compuesta por los recuerdos y vestigios de Carmen. «Los versículos bíblicos y la estructura binaria de *Cinco horas con Mario*», *Hispanic Journal* 3 (1982).

2. Según López Martínez, «El largo soliloquio de Carmen deja entrever también la desunión y la incompreensión que existió siempre entre ambos esposos». *La novelística de Miguel Delibes* (Murcia: Universidad de Murcia, 1973), 171.

so por excelencia con Carmen, en el de Mario es todo lo contrario, ya que se tiene constantemente la impresión de que es un marido dócil y sumiso, transigente y tolerante, totalmente amedrentado por la esposa e incapaz de ejercer la rigidez o autoridad de *pater familias* siquiera con sus hijos. Recordemos como ejemplo el reproche que Carmen le hace al respecto cuando le dice «Respeto y admiración por los padres es lo primero que hay que inculcar a los hijos, Mario, y esto no se consigue sino con autoridad, que siendo blando con ellos te crees que les haces un favor» (148). Come lo que le pongan: «Tanto le da un cocido que un pato a la naranja», dice Carmen (240), y si «en más de veinte años no [ha] tenido una palabra de comprensión» para ella esto se debe a que la comprensión para Carmen es un seiscientos, un piso o una cubertería. De no ser ésta la personalidad de Mario, o sea, de no ser el tipo de persona que su hermana había definido como «un pan bendito» (149), aparecería como un personaje inconsistente con lo que de él se dice y de lo que profesa.

La segunda cita que me concierne analizar es la que tiene como fuente el libro de los *Salmos* (127: 5), la que reza: «Don de Yavé son los hijos: es merced suya el fruto del vientre. Lo que las saetas en la mano del guerrero, eso son los hijos de la flor de los años. ¡Bienaventurados los que de ellos tienen llena su aljaba! (146). El valor temático de dicha cita está relacionado con la anterior. Los versos sálmicos vienen a celebrar «the good fortune of being father to many sons» (Murphy 599). Con «saetas» se viene a simbolizar la protección que los hijos supondrán para los padres. Lo importante de esta cita es que nos revela un aspecto de la sexualidad humana que vemos caracterizada en Mario a lo largo de la novela. De acuerdo a la tradición judaica que recoge el *Antiguo Testamento*, Mario ve la sexualidad como un don que debe ser usado en obediencia a la voluntad de Dios, o sea como un aspecto de lealtad religiosa desprovisto de otros fines salvo los exclusivamente procreativos, como lo evidencian los cinco hijos de que es padre, los cuales lo llevan a convencerse de que «Dios nos ha tenido de su mano» (153). Procreación sí, recreación no. Así era también la manera en que los israelitas creían que se les manifestaba apoyo de Dios: en el incremento que estos veían de su población.

Es precisamente la unión de los dos amados y el afán procreativo que la caracteriza lo que se vuelve a celebrar en estos versículos del *Eclesiastés* (9: 7-9) que dan comienzo al capítulo XVI de la novela: «Ve, come alegremente tu pan y bebe tu vino con alegre corazón, pues que se agrada Dios en tus buenas obras... Goza de tu amada compañera todos los días de la fugaz vida que Dios te da bajo el sol» (175). En ellos se indica que la felicidad terrenal es un don que Dios le ha dado al hombre, según los comentaristas, «to be sought and not to be feared, if only we seek the right happiness and the right conditions of it» (Rankin 75).

Las dos últimas citas que considero de interés por lo reveladoras que son, primero es la que tiene que ver con el coito y, luego, con la procreación. La pri-

mera es la cita que aparece al comienzo del capítulo XX. Dice: «Cuando a la fornicación y a cualquier género de impureza o avaricia, que ni siquiera pueda decirse que lo hay entre nosotros, como conviene a santos; ni palabras torpes, ni groserías, ni truhanerías» (213). Los versículos provienen de la carta de San Pablo a los efesios, (*Efesios*, 5: 3-4), residentes de lo que era capital de la provincia romana del Asia Menor. La intención de la misiva, entre otras, era la de inducir a los gentiles «to live as it became a religion which had delivered them from the degradation of their condition as heathen, and exalted them to the dignity of the sons of God» (Hodge XVII). El contenido de la carta indica que el apóstol tiene muy presente las ofensas sexuales y la inmoralidad de su tolerancia ya que, según continúa la carta «nadie que se da a la lujuria o la inmoralidad o a la codicia, que es una idolatría, tendrá parte en el Reino del Mesías y de Dios» (*Efesios*, 5: 5). Los pecados de impureza son vistos por el apóstol «as offenses against the status and the nature which we have received from Him» (Beare 706). Consecuentemente, todo buen cristiano no solamente debe abstenerse de participar en estos pecados sino que debe incluso evitar hablar de ligerezas, frivolidades y tratar de indecencias.

Es significativo que Mario subrayara este pasaje bíblico de hondo sentido ético relacionado con el estado de pureza que debe aspirar todo buen creyente. Su importancia estriba en que son palabras que definen un estado de virtuosidad que es precisamente el que trata él de emular, dedicado como está a hacer de su vida un modo de participar en la redención espiritual propia y ajena. El está convencido de que «those who had lived chastily with their wives and had refrained from excessive embraces would not be denied entrance to the marriage feast of the lamb» (Bailey 22), o sea, al «reino de los cielos» (109) que espera alcanzar y que constituye uno de los «últimos pensamientos de Mario» (21) que Carmen dice que contenía el libro que tan asiduamente leía él. Mario ha subrayado este pasaje bíblico porque para él: el *voluptas carnis* y el dinero son expresiones de la misma actitud básica hacia la vida: son una forma de imposición e indiferencia hacia los derechos y la dignidad del prójimo. Es por esto mismo que otra de las citas que ha subrayado tenga que ver con la insensatez y la lascivia. Me refiero a la cita de los *Proverbios* (9: 13-15) que reza «La mujer insensata es alborotadora, es ignorante, no sabe nada. Se sienta a la puerta de su casa... para invitar a los que pasan y van de camino» (185). Mario comparte los temores que se han asociado con la sexualidad, la cual «was seen by some to be a test for man's will, a test provided by God as an opportunity for measuring one's discipline and obedience (Winslow 30).

Se hace evidente a medida que interpretamos las citas que había subrayado que, como ha indicado Issac Montero, el mundo del marido está «representado por las frases que éste subrayó en la Biblia familiar» (112). Es un mundo en el que el instinto sexual, entre otros, está considerado como vergonzoso, culpable, punible, tal como lo ha venido interpretando la vertiente más conservadora de la

Iglesia Católica, la que se basa todavía en la moralidad sexual legada por el medioevo, los autores en gran medida «for the insinuation into our cultura of the idea, still widely current, that Christianity regards sexuality as something peculiarly tented with evil» (Bailey 59). Mario a lo largo de toda su vida matrimonial se siente culpable, o al menos no se siente a gusto con el aspecto sexual del matrimonio por antojársele éste como algo indecoroso, indecente que involucra a los esposos en una actividad vergonzosa, incluso cuando su fin es el procreativo.

La última de las citas que queda por comentar es la que proviene del libro de los *Salmos* (128: 2-3), la que encabeza el capítulo XXI. Dice dicha cita «Comiendo lo ganado con el trabajo de tus manos, serás feliz y bienaventurado. Tu mujer será como fructífera parra en el interior de tu casa. Tus hijos como renuevos de olivo en derredor de tu mesa». Los versos tienen que ver con la doctrina de la retribución. El premio de la virtud es la vida familiar que se evoca en este salmo: prosperidad, longevidad y una larga progenie. La fructífera parra, como es sabido, se refiere a la mujer, que ha de producir fruto año tras año, como retribución divina a los esfuerzos virtuosos del marido. El significado temático de esta cita está relacionado con los anteriores en el sentido que nos reflejan el concepto de la sexualidad que caracteriza a Mario: es un medio de cumplir con el plan creativo que, según cree él, le ha preparado Dios al hombre al ofrecerle la larga progenie de que ha de estar orgulloso.

La función de los pasajes bíblicos no es la de servir de «simple pretexto, casi innecesario» para que la protagonista pueda «hilvanar el monólogo», como opina Joaquín Marco (235). Si Delibes no hubiera tenido motivos ulteriores en la introducción de estos pasajes bíblicos, habría podido lograr el mismo fin narrativo sirviéndose de otra obra literaria que no fuera necesariamente de contenido moral, o incluso hubiera podido optar por el empleo de la técnica narrativa que introduce en el prólogo. Los encabezamientos de cada capítulo tienen un valor primordial porque el autor, al mismo tiempo que los utiliza como medio divisor de la narrativa, ironías aparte, quiere reflejar un aspecto de la personalidad de Mario que quedaría oculta si no fuera por ellos. La novela con dicha omisión adquiriría un significado muy distinto. Su importancia es decisiva porque en ellos se anticipan cualidades que el resto del capítulo corrobora mediante lo que Boudreau ha llamado «a series of ironic reconstructions» (11). Es mediante la lectura irónica de lo que dice Carmen y de otros datos informativos que nos facilita la novela que podemos formarnos una idea de la personalidad de Mario. Como ya ha señalado Alfredo Matilla, estos últimos consisten en el reflejo del padre que queda en el hijo, «las opiniones que tienen sus amigos de [Mario] y las citas bíblicas que subraya en vida, las cuales resumen sus aspiraciones, contradicciones, su manera de ser» (85). Cosa que viene corroborada por Carmen cuando confiesa que «El decía que la Biblia le fecundaba y le sere-

naba», y que lo que más leía y se tomaba en serio era lo subrayado: «Mario leía sobre leído, sólo lo señalado» (35).

Además, hay evidencia a lo largo del texto que este asiduo lector de la Biblia y acérrimo creyente en lo que ha subrayado vive de acuerdo a las creencias religiosas que recogen dichos pasajes. Lleva una vida casi de asceta, desinteresado de todos los bienes materiales y de todo lo superfluo de la vida, conformándose con una humilde bicicleta como medio de locomoción, por muy catedrático que sea. Está convencido, como lee en la Biblia que «En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos» (47). Su personaje *Ciro Pérez*, a quien hace aparecer en uno de sus escritos que titula «El brazo derecho» (267), no es sino una encarnación de los principios en los que Mario cree, personajes que *Delibes* ya había introducido en otra novela anterior, *Las ratas*, acerca del cual *Edgar Pauk* comenta pertinentemente que este nuevo sacerdote del pueblo, don *Ciro* «era de aspecto humilde y tenía una marcada conciencia social, muy parecida a la de Mario en *Cinco horas*» (141). Es por esto que a *Carmen* el uno la saca de quicio y el otro le resulta tan irrisorio.

En otra ocasión, prosiguiendo la elaboración de los dictérios subrayados, Mario ayuda a *Encarna*, viuda de su hermano *Elviro*, porque siente un amor al prójimo genuino, y porque sabe que es lo que debe hacer todo aquél que quiera considerarse como buen cristiano. Así lo ve expuesto en los versículos que dan comienzo al capítulo XIV, los que rezan: «Cuando dos hermanos habitan el uno junto al otro y uno de los dos muere sin dejar hijos, la mujer del muerto no se casará con un extraño; su cuñado irá a ella y la tomará por mujer» (156). No hay razón para sospechar que Mario así lo habría hecho si no se lo hubiera privado su estado social. Así y todo ello no le impide mostrar a su cuñada *Encarna* el cariño que por ella siente, ni de ayudarla en lo que puede, todo lo cual da pie a que *Carmen* diga que desde que murió *Elviro* *Encarna* andaba tras de Mario, como si creyera «que el hermano menor está obligado a ocupar el puesto del hermano mayor» (40). Es por esto que al morir Mario, *Encarna* se siente afectada de la manera que la describe *Carmen* al exclamar «¡Si parecía ella la viuda!» (41). No es de sorprender que la viuda sospechara de adulterio, cosa que psicológicamente nos revela más de ella que de Mario, inconcebible como es que, conociendo sus principios, faltara al sacramento del matrimonio.

Otra de las virtudes que se anticipa en una de las citas que dan comienzo a cada capítulo es la de la inteligencia. Como lo demuestran las palabras que subrayara Mario, él muestra estar convencido de que por más escudo que sea la ciencia y la riqueza, «excede la sabiduría, que da la vida al que la tiene» (239). Estas convicciones son las que hacen que sea un asiduo lector: «veintidós años y todo el día de Dios leyendo o pensando», dice *Carmen* (60) y le recomienda a su hijo que lea también porque «tiene que formarse» (87). Además, escribe artículos y libros para enriquecer al prójimo moral y espiritualmente. Es por esto que *Esther*, al hablar de Mario, lo describe con palabras muy apropiadas: «los

hombres como Mario son hoy la conciencia del mundo» (85). En cuanto a la caridad, con cuyo tema comienza el capítulo VI, Mario rechaza la caridad material por injusta que le parece, para abrazar, por el contrario, la caridad más humana, que es la misma que ve ejemplificada en el Evangelio, la que «no consiste en dar sino en darse» (84), como lleva a cabo él mismo «pasando las tardes con los presos, escuchando sus historias» (84). Así lo enseña la doctrina cristiana, como lo indica la cita donde se afirma: «En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio su vida por nosotros y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. El que tuviera bienes de este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad le cierra sus entrañas, ¿Cómo mora en él la caridad de Dios? (82). No en vano dice Pío Tellez elegíacamente que «Mario, desde luego, tenía un gran cartel entre la gente baja» (20). Si el autor se hubiera servido de estos textos bíblicos como mero pretexto para ensartar capítulos, cabe preguntarse la razón por la que se establece el vínculo que vemos establecido entre dichos textos y el contexto en que aparecen, o sea, entre la moral expuesta y la ejemplificada por este virtuoso marido. Son verdades todas ellas que Carmen, a medida que las interpreta con su necedad característica, las ratifica irónicamente. Como ha aclarado Matilla Rivas, «Carmen, al negar, afirma el nexo de Mario con la actitud apuntada en la cita. La dinámica es, por tanto, Biblia (afirmación) - Carmen (negación) - Mario (afirmación)» (87).

Visto así, pues, tan válido es establecer el vínculo que se ha venido estableciendo entre los versículos concernientes al amor fraternal, la caridad, la injusticia social, la humildad y la sabiduría como lo es establecerlo entre los que tratan del amor conyugal, el coito y la procreación. Unos y otros sirven para definir el *modus vivendi* de Mari, sólo que en el caso de estos, la diferencia entre lo que Delibes intentaba darnos a conocer de su paradigma de virtuosidad y las interpretaciones a que se presta su puesta en práctica es de una ironía extraordinaria.

Pues hay evidencia suficiente para mantener que los principios contenidos en los pasajes que Mario lee sobre leído son los mismos que sigue a lo largo de su existencia: forman parte del credo de su vida. En cuanto a los que tratan de la moral sexual, existe la misma evidencia que nos permite afirmar que Mario sigue al pie de la letra los subrayados de la Biblia que, simbólicamente, guarda en su dormitorio. Dicha evidencia es la que nos facilitan los recuerdos que Carmen evoca de su vida conyugal, recuerdos que nos revelan una frustración sexual obsesiva por parte de ella y por parte de él un retraimiento físico anormal. Uno de tales recuerdos es el de la indiferencia que su marido le mostró la primera noche de bodas, algo que no olvidará «por mil años que viva» (115). Se lo reprocha en el primer capítulo, y lo reitera a lo largo de la novela. Como ella misma pasa a describirlo: «la primera vez, te diste media vuelta y me dijiste buenas noches, me quedé fría, que nunca me hizo nadie un feo así» (114). Es un inexperto sexual que llega al matrimonio virgen, «tan virgen como tú» (116), le dice a Car-

men, «por timidez», le confiesa más tarde (231), aunque ella le contesta que fue más bien por apatía, aludiendo: «que siempre fuiste más frío que otro poco... siempre fuiste un apático, mucho “amor mío”, mucho “mi vida” y, luego, nada entre dos platos» (123-4). Esta apatía es la que da pie a que Carmen saque las conclusiones que saca cuando dice que «los hombres, una vez que os hechan las bendiciones, a dormir tranquilos, un seguro de fidelidad, como yo digo» (125), conclusión a la que Carmen ha llegado después de las abstinencias que le ha hecho vivir Mario durante 24 años de vida conyugal, al término de los cuales Carmen ni siquiera puede decir que haya sentido «algún desahogo de vez en cuando...» (113). De ahí que le reproche «que a indiferente y a frío no hay quien te gane, lo mismo que para comer... la cuestión era matar el hambre» (162). Es a raíz de esta indiferencia en el esposo que Menchu se ve obligada a fingir que sabe de qué va cuando Valen le cuenta toda entusiasmada la variedad de medios que su marido emplea para satisfacerla sexualmente: «a ver, no la voy a decir que mi marido es un rutinario, que es la pura verdad, Mario —le confiesa Carmen— que en seguida te pasa y a una le dejas con la miel en los labios, ni disfrutar» (163).

El aspecto placentero de la sexualidad de este padre de numerosa descendencia es algo que le hace delatar una inseguridad, una turbación y una frialdad casi patológica. Es como si el coito para este creyente de una sexualidad bíblica tergiversada fuera una necesidad humana que, debido a las pecaminosas gratificaciones sensuales con que la han interpretado desearía no tener que satisfacer salvo cuando va dirigida a una finalidad determinada: la de procrear, o sea, la de hacer de su esposa una «fructífera parra». Así viene a corroborarlo Carmen cuando añade a su larga lista de recriminaciones el hecho que los únicos días que a Mario se le antojaba hacer uso del matrimonio era en los «peores días» o sea, cuando Carmen estaba en período de menstruación y las posibilidades de concepción eran mayores: «que no he visto hombre más apático... los días buenos los desaprovechabas y luego, de repente, zas, el antojo, en los peores días, fíjate, “no seamos mezquinos con Dios”, “no mezclemos las matemáticas en esto”, qué fácil se dice, que luego la que andaba reventada nueve meses, desmayándose por los rincones era yo» (44-5). Si Mario, de acuerdo con sus creencias religiosas consideraba que los medios artificiales de concepción suponían una interferencia antinatural a lo que él concebía como el propósito principal de esta unión sacramental, tal y como él lo veía expuesto en sus lecturas, hubiera podido hacer uso del matrimonio bajo ciertas circunstancias y en un período de tiempo en que las probabilidades de concepción hubieran sido mínimas. Pero él parece estar más interesado en llevar a cabo los planes quijotescos que tiene de enderezar los entuertos sociales que en atender los deseos de su propia esposa, si no los materiales, al menos los sexuales. Es por esto que Carmen se queja del egoísmo de Mario, uniéndose en sus quejas a ese otro lamento que lanzó el ejemplo monolítico de maternidad decimonónica que fue la reina Victoria de

Inglaterra, quien se lamentaba también de que «men never think, at least seldom think, what a hard task it is for us women to go through this very often». (Calder 160).

No es que la versión de Carmen esté falsificada «as a result of her psychological need to make Mario responsible for the Paco episode», según opina Boudreau (14).³ Como ya ha aclarado Janet Díaz de manera convincente, «her memory of Mario's acts shows that he not only understood but lived in accord with these verses» (144). Los reproches que Carmen le hace al marido los corroboran el comportamiento sexual de Mario y los principios éticos en que cree. Las palabras de Mario que el autor señala entre comillas, como las que vimos anteriormente relacionadas con su virginidad y las matemáticas de su actividad sexual, son un claro indicio de que Carmen no miente. El que habla en estas ocasiones no es ella sino él, a quien el autor ha permitido que se expresara con sus propias palabras. No cabe duda de que el episodio de Paco, como ha aclarado el propio autor, es el *primum mobile* de sus acusaciones,⁴ y los reproches que ella hace sirven «para justificar y disculpar su propia conducta» (Smith, 25). Son un acto de complicidad justificadora. No obstante, el proceder de Mario, los principios morales por los que se rige y el conflicto que producen entre él y la esposa nos llevan a concluir irónicamente que el rencor que Carmen siente por su marido no es infundado como a primera vista parece, como tampoco lo es el proceder de Carmen, el que va a converger en el incidente de su casi adulterio con Paco. Carmen siente la necesidad biológica de satisfacer el instinto más central de todos los instintos: el sexual, el mismo que Mario, en su puritanismo intransigente, le ha estado privando de satisfacer, dando lugar a las frustraciones que ella siente y que nos revela subconscientemente en los recuerdos que evoca de los hombres que la han pretendido: Eliseo San Juan, Gabriel, Evaristo, y Galli Constantino, sin excluir los besos «en la boca, bastante apretados... raros, como de tornillo», que le daba su amiga Transi y que, sin saber de qué iba, no ha podido olvidar (119). Así de fuerte es su sexualidad. Se entiende, pues, como ha sido corroborado por estudios que se ocupan de disertar sobre la complejidad de la sexualidad humana y sobre las relaciones matrimoniales: «too long a period of continence, when the partners have to live together in the same place, changes love into bitterness and hate. The compulsory deprivation of sex pleasure in one's own life tept us to make life difficult for the other partner» (Piper 141-42). Sólo basta contraponer la palidez, la continencia y la rigidez moral del marido con la voluptuosidad de Carmen para entender mejor las razones del acto de complicidad justificadora que supone el monodólogo de Carmen.

3. Entre los estudios que comparten esta opinión figura el de Donald W. Tucker «The Emergence of Women in the Novels of Miguel Delibes» *Hispania* 71 (1988).

4. «Todos los reproches que a lo largo del monólogo componen la novela aspiran a ser una justificación de su caída: una justificación de sí misma». César Alonso de los Ríos. *Conversaciones con Miguel Delibes* (Madrid: Novelas y Cuentos, 1971), p. 88.

Son estas represiones las que explican las tensiones explosivas de que se queja Carmen de su marido cuando dice que «los [días] buenos eras como un monstruo, que hay que ver cómo os ponéis, hala a lo bruto, las cosas que decís, eso si no estabas pensando en otra, una obsesión» (59). No es que Carmen esté contradiciendo lo que anteriormente había dicho de la apatía de Mario. Sus palabras vienen a corroborar el conflicto que en él ha creado el concepto que tiene de la sexualidad. Para recalcar lo dicho, quizá convenga citar estas palabras sorprendentemente pertinentes a la situación de Mario:

if we take impulses and experiences that are potentially wholesome and in a large measure unavoidable and characterise these as sinful, we create a great volume of unnecessary guilt and an explosive tension within the personality. When, as so often happens, the impulse breaks through the restriction, it does so with a ruthlessness and destructive energy that might not otherwise be there (Heron 39).

No cabe duda de que los disturbios psicológicos y nerviosos que siente y los sedantes que debe tomar para tranquilizarse son atribuibles a las frustraciones que siente como defensor de una justicia social y de una moral en desuso. No obstante no hay que descartar la posibilidad de que las represiones que se han venido notando jueguen también un papel importante en las depresiones que sufre. Como ha sido corroborado por autores que se ocupan de estudiar la filosofía de la sexualidad humana, «the individual suffers psychical and in some circumstances also bodily damage if he only subordinates his sexual life to the social or religious demands of his environment» (Nash 42), que es precisamente lo que sucede con Mario al sublimar sus deseos sexuales por los sociales y espirituales. Consecuentemente, no sería ninguna inconsistencia ver la soledad de que se lamentaba tres días antes de su muerte: «Estoy solo, Carmen» (210), como atribuible al malestar psíquico que sus restricciones le producen. Al reprimir el instinto sexual que, según ha sido comprobado, «helps the person to reach beyond his own isolation into a fuller human life» (Piper 97), se intensifica la soledad que Mario siente, provocando de este modo los resultados nefastos que conocemos.

Con lo hasta aquí dicho no se trata de exonerar a Carmen de los defectos que la caracterizan. Una persona que siente el desprecio que ella muestra por la cultura y la inteligencia, que apoya la inquisición, tacha de gentuza a la clase obrera, ve la guerra civil como una fiesta sin fin y es, además egoísta, intolerante y pretenciosa difícilmente puede suscitar en el lector otra reacción que el repudio. Por otra parte, tampoco se trata de restar los méritos que han sido debidamente reconocidos en Mario, como los que Sobejano ha visto convincentemente reflejados en él: «Igualdad de oportunidades y condiciones para todos, honradez en la acción política, cualquiera que sea la forma de gobierno, libertad de expresión, servicio de la ciencia y el arte al bien común, libertad religiosa...

ejercicio de la justicia...» (159). Son cualidades todas ellas dignas de admiración. Lo que aquí se trata de mostrar más bien es que Mario tiene de ejemplar y de bondadoso en la esfera pública lo que tiene de inepto y patológico en la privada, la que comparte con Carmen en el lecho matrimonial. Es este aspecto de su personalidad que viene condicionada por una exacerbada rigidez moral lo que contribuye, entre otras cosas, a que Carmen sienta el repudio que siente por su marido y que al final de su relato proceda con Paco de la manera que procede.

Es esta cualidad en Mario, que vemos corroborada continuamente por su proceder, la que nos hace ver la novela desde una perspectiva distinta a la acostumbrada. Es una interpretación que hace difícil no compadecer a Carmen por lo bien que ha interiorizado el papel secundario que la sociedad le tiene reservado al sexo que representa, creyendo a pie juntillas lo que muchas otras mujeres parecidas a ella habían creído años y siglos antes, como la convicción expresada en esta aseveración de que

There is something unfeminine in independence. It is contrary to nature, and therefore it offends. An really sensible woman feels her dependence, she does what she can, but she is conscious of her inferiority and therefore grateful for support... In everything that woman attempt they should show their consciousness of dependence» (Fademan 234).

El resultado de esta dependencia lo tenemos excepcionalmente bien ejemplificado en este fiel creyente de lo que la sociedad le ha hecho creer, aun cuando, sin saberlo, es víctima de las convicciones que defiende a machamartillo.

En el caso de Mario, el deseo ardientemente sentido por edificar una nueva solidaridad humana basada en el amor fraternal y justicia que para él ejemplifica el Cristo profeta y misionero, hacen de él un personaje trágico al imposibilitársele la realización de los ideales por los que lucha. Sin embargo, hay una dimensión de su personalidad que no debiera ser eclipsada por sus cualidades más nobles, sobre todo cuando son en gran parte las responsables de su fracaso matrimonial: su disposición a subordinar sus instintos básicos a una moral dada, su insensibilidad a las necesidades físicas de su cónyuge, su puritanismo e imposibilidad de ver la sexualidad como una parte integral de la convivencia humana, reduciendo el matrimonio a una institución mecánica que interpreta sólo en un marco biológico.

Es posible que Carmen, con su personalidad abrumadora e impulsiva y su sexualidad aparentemente insaciable, ejerciera una influencia negativa en la sexualidad de este «sietemesino» que, físicamente, tenía «tan poco que gustar» (130). Pero lo que una reconstrucción de su personalidad confirma es que, influido por sus lecturas de la Biblia y por una tradición religiosa que data de los comienzos de la cristiandad, Mario muestra tener una incapacidad completa por

liberarse eróticamente. Es la influencia que han venido ejerciendo ciertos círculos de la Iglesia católica que a lo largo de los siglos han perpetuado la actitud ascética, antinatural de la sexualidad que defendía la iglesia medieval y que venía caracterizada por un repudio total de la relación sexual. Esta concepción que ha sido vista como «inconsistent with some of the deepest insights in the Bible» (Heron 37), es la actitud representada en San Gregorio, que Bailey aclara en su estudio: «For him the sinfulness of coitus may be said to lie, not in the compulsion of lust by which men and women are moved to copulate, but in the fact that they derive intense enjoyment from the act to which they have been urged by their verene appetites» (59). Es la misma teoría que exponía San Agustín en sus especulaciones teológicas sobre cuestiones sexuales, de las cuales se desprende: «Wedded chastity consist in transforming coitus from a satisfaction of lust to a necessary duty, and when the act is employed for generation it is excused of its inherent sinfulness» (Bailey 56). Es sólo recientemente que ya es posible acudir a una boda sin oír ecos de la finalidad procreadora del matrimonio con que se les sermonaba a los contrayentes en un pasado no tan distante.

Cuando Carmen le reprocha a Mario: «lo que pasa es que vivís en la Edad Media» como en tantas otras ocasiones, Carmen está diciendo una verdad que no debiera ser tomada en broma, ya que está hablando más sagazmente de lo que ella cree. En resumen, esta reacción negativa «which has profoundly and adversely afflicted the character and development of Christian sexual ideas» (Bailey 232), la refleja Mario en lo más íntimo de sus relaciones personales, mostrándonos que por muy dispuesto que esté a poner en práctica «las nuevas tendencias de la Iglesia» (López Martínez 187), en el aspecto sexual no parece habérselo propuesto. No en vano se trata de un aspecto religioso que el Vaticano II apenas tocó. No es que Mario sea totalmente responsable por su proceder ya que, del mismo modo que Carmen es producto de una sociedad predominantemente machista, él lo es de una España medieval, teocrática, intransigente que hizo del catolicismo una religión de renuncia de culpa y de terror, en que se crió Mario, no podía menos que influirle. Carmen puede ser exonerada de su manera de ser por lo ingenua y simplona que es, pero una persona bien leída e inteligente como es Mario debería conocerse mejor y saber lo que se está haciendo a sí mismo, a su yo más íntimo cuando se siguen códigos e ideales que se obedecen por el mero hecho de que se nos han ido transmitidos con la autoridad de la tradición o la Iglesia. Es la misma Iglesia, paradójicamente que él quiere regenerar, aunque no demuestra estar tan dispuesto o capacitado para hacerlo en asuntos como los que afligen y han afligido a tantos otros cónyuges como los que Delibes recrea en una de sus mejores novelas.

Puede que aparezca un tanto subversiva la interpretación que se ha hecho de Mario. No obstante hay que tener en cuenta que muchos de los principios que lo configuran son principios que el propio Delibes comparte. Así se desprende de los paralelos biográficos que se han trazado entre personaje y autor² y de las

aclaraciones que de éste ha hecho Pauk, quien se refiere a Delibes como a «un novelista ecuménico de honda religiosidad que toma muy en serio las enseñanzas de los Evangelios» (Pauk 144). Estas cualidades explican que «La expresión de grandes principios religiosos, morales y políticos es constante en la novela de Delibes» (Montero 102). Después de todo *Cinco horas* va dedicada a José Jiménez Lozano, comentarista religioso de la revista *Destino* (López Martínez 167), y si además reparamos en la escasez con que en la obra de Delibes aparecen escenas no solamente eróticas sino tan sólo sensuales, o de pasión quizá hallemos una explicación de porqué de la patología sexual de Mario.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERICH, José, «Sobre la popularidad de *Don Juan Tenorio*». *Insula* 17 (1963): 1,10.
- BAILEY, Sherwin, *The Man-Woman Relation in Christian Thought*. London: Longmans, 1959.
- BOUDREAU, Hal L., «*Cinco horas con Mario* and the Dynamics of Irony». *Anales de la Novela de Posguerra* 2 (1977): 7-17.
- BURUNAT, Silvia, «Miguel Delibes y el feminismo.» *Letras de Deusto* 14 (1984): 67-83.
- CALDER, Jenni, *Women and Marriage in Victorian England*. New York: Oxford University Press, 1976.
- DÍAZ, Janet, *Miguel Delibes*. New York: Twayne, 1971.
- DELIBES, Miguel, *Cinco horas con Mario*. Barcelona: Destino, 1981.
- FADEMAN, Lilian, *Surpassing the Love of Men*. New York: William Morrow and Co., 1981.
- GIL CASADO, Pablo, *La novela social española*. Barcelona: Seix Barral, 1973.
- GUERRERO, Abdulía, «Miguel Delibes y su novela *Cinco horas con Mario*». *Cuadernos Hispanoamericanos* 70 (1967): 614-21.
- HERON, Alastair, *Towards a Quaker View of Sex*. London: Friends Home Service Committee, 1963.
- HODGE, Charles, *A Commentary on the Epistle to the Ephesians*. London: The Banner of Truth Trust, 1964.
- KERR, Hugh Thomson y H. T. KERR, Jr., «*The Song of Songs*». Vol. 5 of 12 vols. *The Interpreter's Bible*. New York: Abingdon Press, 1956.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Luis, *La novelística de Miguel Delibes*. Murcia: Universidad de Murcia, Publicaciones del Departamento de Literatura Española, 1973.
- MARCO, Joaquín, «Crítica social y estilo en *Cinco horas con Mario*». *Ejercicios literarios*. Barcelona: Taber, 1969.
- MATILLA RIVAS, Alfredo, «La toma de conciencia en Miguel Delibes». *La Torre*. 17 (1969): 83-95.

5. Según Janet Díaz, Mario «shared several biographical details with: a similar age, a family of several members, a similar profession (professor and writer), social idealism... asthenic build and temperament». *Miguel Delibes* (New York: Twayne, 1971), 141.

- MONTERO, Isaac, «El lenguaje del limbo.» *Revista de Occidente* 21 (1968): 101-17.
- MONTES HUIDOBRO, Matías, «Cinco horas con Carmen.» *Kabañina* 4 (1980): 67-80.
- MORÁN, Fernando, *Novela y semidesarrollo*. Madrid: Taurus, 1971.
- MURPHY, Roland E., «Canticle of Canticles». *The Jerome Biblical Commentary*. Ed. Raymond Edward Brown et al. Englewood Cliffs, N.J.: Princeton Hall, 1968.
- NASH, A. S., «The Christian in the Social Disorder of the Present Day». *Education for Christian Marriages*. London: Christian Movement Press, 1939.
- PAUK, Edgar, *Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974)*. Madrid: Gredos, 1975.
- PIPER, Otto A., *The Christian interpretation of Sex*. New York: Charles Scribner's Sons, 1941.
- RANKIN, O. S., «The Book of the Ecclesiastes», *The Interpreter's Bible*. Vol. 5 of 12 vols. New York: Abigdon Press, 1956.
- REY, Alfonso, *La originalidad novelística de Delibes*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1975.
- RÍOS, Cesar Alonso de los, *Conversaciones con Miguel Delibes*. Madrid: Novelas y Cuentos, 1971.
- SMITH, M. C., «Los versículos bíblicos y la estructura binaria de *Cinco horas con Mario*». *Hispanic Journal* 3 (1982): 21-40.
- SOBEJANO, Gonzalo, *La novela española de nuestro tiempo*. Madrid: Ediciones Prensa Española, 1971.
- TUCKER, Donald W., «The Emergence of Women in the Novels of Miguel Delibes». *Hispania* 71 (1988): 38-42.
- VERHOEVEN, Arnold, «La muerte de Mario, ¿infarto o suicidio? La ambigüedad intencionada de Delibes». *Neophilologus* 70 (1986): 61-74.
- VILLANUEVA, Darío, *Estructura y tiempo reducido en la novela*. Valencia: Editorial Bello, 1977.
- WINSLOW, Donald F., «Sex and Anti-Sex in the Early Church Fathers». *Male and Female Christian Approaches to Sexuality*. Ed. Ruth Tiffany Barnhouse et al. New York: The Seabury Press, 1976.